

PANDEMÓNIVM



• TEMPLO DE MINERVA en GUATEMALA.
"MARVEL ESTRADA CABRERA, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
A LA JUVENTUD ESTUDIOSA"

AÑO-X-

R. de Peon

-15-DICIEMBRE-1915-

-NÚMERO-148- -

25 cts.

SAN JOSE, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

PANDEMÓNIUM

REVISTA ILUSTRADA
LITERATURA, POLÍTICA, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS

DIRECTOR:
RAMÓN DE PEÓN

AÑO X

15 DE DICIEMBRE DE 1915

NÚM. 148



EXMO. SR. LIC. D. MANUEL ESTRADA CABRERA

SUMARIO:

TEXTO

Palas Athenea, por	RUBÉN DARÍO	Guatemala alborozada celebra con	
Pensamiento	M. ESTRADA C.	pompa las fiestas de Minerva, por	EL VIEJO REPÓRTER
Una entrevista con el Dr. don Angel		El proyecto de monumento a Cris-	
Mª Bocanegra por	CÉSAR RIVOT	tóbal Colón.....	
También se va la Primavera..., por	ARTURO GARCÍA Se-	Al Excmo. Sr. Lic. D. Manuel Es-	
	LANO	trada Cabrera, por.....	N. MARTÍNEZ h.

GRABADOS

Excmo. Sr. Lic. D. Manuel Estrada Cabrera.—Estatua	Alumnos ciclistas.—Señoritas cantando el Himno a la
al General Justo Rufino Barricos.—Avenida de Minerva.—	Paz.—Don Daniel C. Domínguez.—Don Ernesto Castro.
Manumento a Colón.—Plano del Monumento a Colón.—	—Grandiosa Planta de Shackleton.

Palas Athenea

(Poesía escrita expresamente para las fiestas Minervalias de 1915)

I

Un día, inmemorial en olímpicos días,
 Cuando Zeus regía el universo,
 Y hacía reventar en truenos o armonías
 El visible horizonte,
 Y retremblar el sacro monte,—
 Cual canta Melesígenes en su glorioso verso,—
 Al mover las arrugas de su ceño profundo,
 La persona de Ifestos claudicante
 Surgió, armada de un hacha como hecha de diamante,
 E hizo vibrar los cimientos del mundo.
 Cuando con un hachazo subitáneo
 Hendió el superdivino cráneo,
 Del cual brotó la luminosa Dea
 Todo Fuerza, Cordura y Esperanza,
 Con su égida y su lanza,
 La virgen áurea Palas Athenea.

II

Atentos a la maravilla
 Fueron todos los inmortales,
 Helios regocijado brilla
 Con nuevos fulgores vitales;
 Ares admira su armadura,
 Anadiómena su sonrisa,
 Y el decoro de su figura
 La semidesnuda Artemisa.
 Pan siente que tiemble la tierra,
 Poseidon que la mar se agita
 Como cuando nació Afrodita.
 Dulce en la Paz, fuerte en la guerra,
 Aparece al ideal griego,
 Ante el que su virtud derrama
 Y sobre el cual sus gracias llueve,
 Blanca y casta como la nieve

Y abrasante como la llama,
 Es que ella encarda el Pensamiento.
 Es ella la perseguidora
 Del orgullo del mal sombrío;
 Su centella en el firmamento
 Forma la cerebral aurora,
 Muestra su prepotencia y brío.
 Ella es de la mente la vida,
 La defensora contra el mal,
 Y siendo la Idea inmortal
 Es la eterna Gorgonicida.
 Ella es la cósmica Doncella,
 La que el porvenir fulgura;
 Es grave, es terrible y es bella;
 No toqueis a la Reina Pura.
 Su bulho torna la cabeza;
 Mira hacia atrás, o hacia adelante,
 Lo que se acerca, lo distante,

Y lo que acaba, y lo que empieza.
 Y así como al Titán aplasta
 Si su mano el volcán empuja,
 Así a la adolescente casta
 Enseña a enhebrar una aguja,
 Y a bordar flores en el lino,
 Y a tejer como aire la seda;
 Y si su trabajo divino
 Emular quiere mano extraña,
 En sus propios hilos se enreda
 Aracne cambiada en araña.
 Dulce y reflexiva Sofía,
 Dinámica y omnipresente,
 Su luz a todo artista envía,
 Al laborioso, al elocuente;
 Y anima con su íntimo soplo
 A los artífices del fuego,
 Al que mueve regla o escoplo,
 A la que borda, a la que hila:
 Se diría que ella aniquila
 Toda sombra en el genio griego.
 Tal de Fidiás el simulacro
 Deja de ardor las almas plenas
 Cuando brilla el Partenón sacro
 Con Nuestra Señora de Atenas.
 Ella el poder tiene en sus manos;
 Poder sereno y protector
 De los enjambres ciudadanos;
 Ella es «la que odia a los tiranos»
 Como recuerda Saint-Victor.
 Y cuando el gran Pan con su grito
 Anunció: «¡Los dioses han muerto!»
 Sobre la azul inmensidad,
 En su dominar infinito,
 Si el Olimpo quedó desierto,
 Ella afirmó su eternidad.

Parece que desaparece
 Cuando surgen nuevas Medusas
 En las guerras y las conquistas;
 Mas su árbol de paz reverdece
 Y a su sombra llegan las musas,
 Sueñan sus sueños los artistas
 La creadora del olivo
 Ilumina el instante obscuro
 Y entreabre al sabio pensativo
 Las vastas puertas del futuro
 Y así en el medioeval momento
 Son su refugio transitorio
 El oculto laboratorio,
 El *Alma Mater* y el convento,—
 Inspira en el Renacimiento
 Al nauta, al artífice, al sabio,
 Y la palabra de su labio
 Flota en un astral elemento.

III

Y tal sigue su culto oculto
 Hasta que a través del tumulto
 De los siglos, su fuente abreva
 Almas nuevas en tierra nueva,
 Cuando al conjuro de un Varón
 Todo energía y reflexión
 El templo minervino eleva
 Que simboliza y que renueva
 El recuerdo del Partenón.
 Aquí reapareció la austera,

La gran Minerva luminosa,
 Su diestra alzó la diosa aptera,
 Y movió el gesto de la diosa
 La mano de Estrada Cabrera.
 Ya su voz regeneradora
 Se oyera cuando hacia el Atlántico
 Vibró como en glorioso cántico
 La voz de la locomotora.
 A aquella llamada sonora
 Se conmovieron las montañas
 Y los bosques, y entre las cañas
 Y los troncos, los dioses viejos
 De los antiguos monolitos,
 Los de los pretéritos ritos,
 Despertaron de su pasado.
 Y se asomó por la espesura
 Para ver el monstruo de acero
 La férrea sombra de Alvarado;
 Y a su lado La Sin Ventura
 Tiembla al trájín del tren que grita;
 Y no lejos, está apoyado
 En un invisible cayado
 El angélico Bethlehemita.
 Luego hay otros conquistadores,
 Religiosos, encomenderos,
 Damas, alguaciles, señores,
 Hechiceros, saludadores,
 Traficantes y aventureros;
 Y atrás, entre mágicas brumas,
 Con sus pieles, oros y plumas
 Las tribus hijas de Votán,
 Y los reyes de águilas y pumas,
 Los Kicab y Tecun-Umán.
 Así avanza la mensajera
 De la luz por la selva fiera
 De nuestra América Central
 Y saluda a Estrada Cabrera
 Con la blanca y azul bandera
 En donde brilla y reverbera
 La cola de Iris del Quetzal.

IV

Quetzal vivo, tiende el ala.
 Bajo el cielo azul resbala,
 Simboliza en Guatemala
 Paz, Idea y Libertad;
 Se levantan monumentos
 Fructifican pensamientos,
 Y se fundan los cimientos
 De una nueva humanidad.

He aquí las generaciones
 De mañana, sus canciones
 Elevan los corazones
 De Minerva ante el altar,
 Y dar gracias al que trajo
 Los impulsos del trabajo
 Con las glorias del crear.

Este día de la oliva
 Es de rosa y siempreviva,
 Y mañana habrá por El,
 Junto al alto monumento
 Que aquí mismo tendrá asiento,
 Agitado por el viento
 Un olímpico laurel!

Rubén Darío

Hagamos una aristocracia del saber y del talento, hagamos de la Escuela el punto objetivo para labrar la ventura de la Patria, y, para decirlo de una vez, subordinémoslo todo a la obligación de velar por la educación e instrucción del pueblo que nos ha fiado sus destinos.

MANUEL ESTRADA CABRERA.

Una interviu con el Dr. don Angel M.^a Bocanegra

PANDEMÓNÍUM, — que con motivo de las fiestas de «Minerva» celebradas últimamente en Guatemala, y que han tenido una enorme trascendencia en Centro América, dedica el presente número a aquella hermana República, — quiso que entrevistáramos al Doctor Bocanegra, ilustre Magistrado a la Corte de Paz Centroamericana, con el fin de ofrecer a sus lectores algo más atractivo que la crónica gráfica y las frases consagradas que se estilan siempre en estas ocasiones. Tal el motivo de una visita que nos fué gratísima. El Doctor Bocanegra, que es una de esas personas que a poco de tratarlas cautivan por su sencilla modalidad, es además un amenísimo conversador que conoce admirablemente los secretos de este arte distinguido y... olvidado.

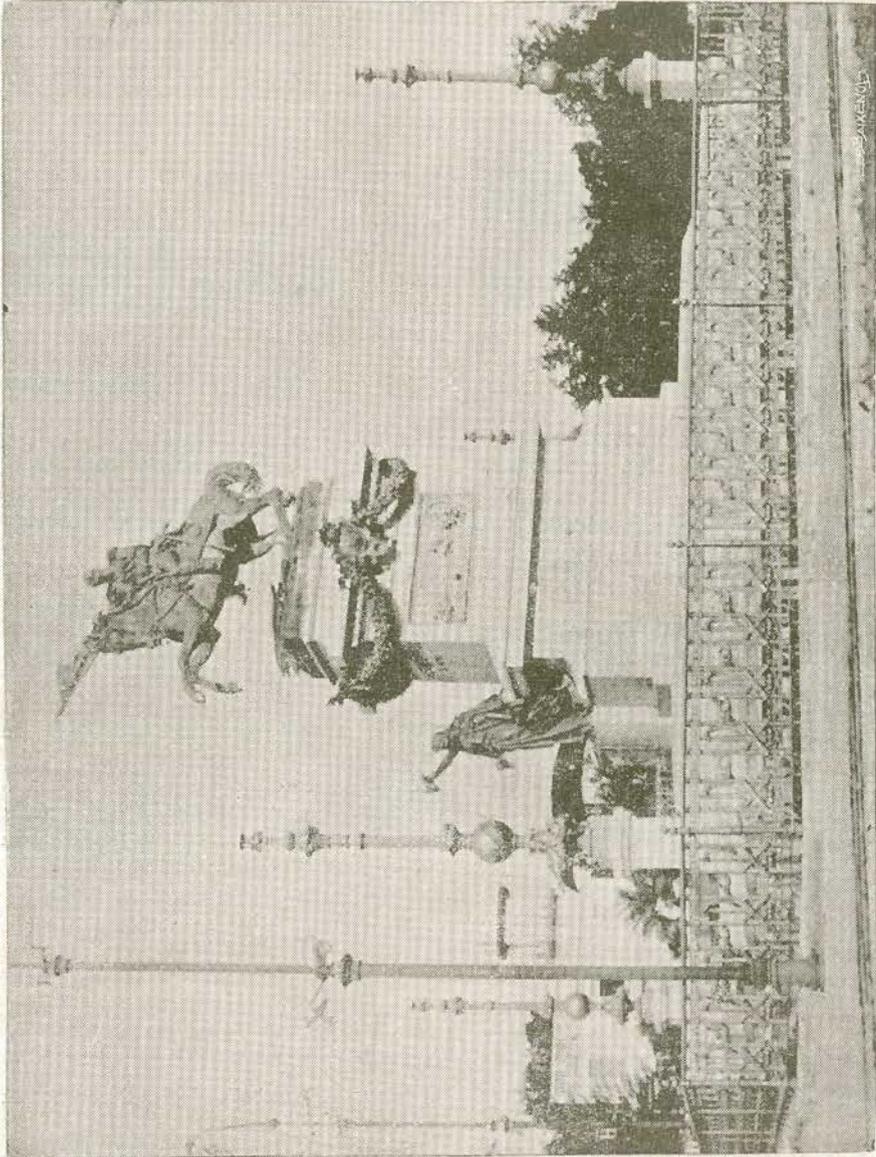
Y ya en su Gabinete de estudio, donde nos recibió amablemente, le explicamos la intención de PANDEMÓNÍUM. Nuestra labor es de acercamiento, le dijimos. No queremos que nuestra revista sea solo nominalmente centroamericana. Trabajar por establecer un intercambio de ideas es llenar una verdadera necesidad moral. Y en este sentido nos empeñaremos con el mayor entusiasmo.

El Doctor tuvo frases bondadosas

para esta labor que él también supone altamente interesante; y después de una ligera transición, le rogamos que nos diera algunos informes acerca de las «Minervalias», que en éste, como en todos los años, se celebraron en su patria de un modo rumboso. El Doctor asintió con gusto.

—Las «Minervalias», nos dijo, fueron fundadas desde hace algunos años por el Gobierno del señor Estrada Cabrera, con el sugestivo propósito de dignificar al maestro y de elevar la escuela. Los maestros eran tratados despectivamente. Por doquiera había resabios de la tradición escolástica en cuanto a métodos educativos; y si bien es cierto que la obra reformadora de la Revolución liberal de 1871 había establecido ya la enseñanza popular, gratuita y obligatoria, desterrándose los métodos exclusivamente memorísticas que antes hacían del niño máquinas de repetición y se habían implantado ya los sistemas racionales que la moderna pedagogía aconseja, todavía este estado de cosas no satisfacía los ideales del estadista señor Estrada Cabrera.

El pensó que a la par de los modernos sistemas de enseñanza y para que ésta fuera positivamente integral, debía ser práctica, por excelencia, y con



Estatua en el Paseo «La Reforma» al General Justo Rufino Barrios

ese propósito, al mismo tiempo que fundó las fiestas de Minerva en 1899, que han atraído hacia la causa de la educación popular la necesaria cooperación de las familias y de la sociedad en general, y que han levantado al maestro al puesto que le corresponde, funda también las Escuelas Prácticas en toda la República, de tal modo organizadas y dotadas de toda clase de elementos, que puedan los niños alcanzar una educación capaz de habilitarlos en lo porvenir para luchar por la existencia en las mismas condiciones que el emigrante extranjero.

—¡Hermosas justas!—le interrumpimos nosotros,—como las de aquellos seductores y lejanos griegos, cuando se reunían a la sombra plácida de los olivos o bajo la austeridad del Partenon, para coronar a sus poetas o para cantar las victorias de su raza!

—Sí, en verdad, continuó el Doctor, tienen una gran significación.

—Dispense que le interrumpamos nuevamente, insinuamos nosotros, ¿pero en toda la República se celebran a la vez?

—En toda, y con el mismo regocijo. Son algo que ha tomado ya un verdadero carácter de nacionalidad. Por otro lado, los encargados de su organización las revisten cada año de infinitas novedades, de manera que resultan siempre nuevas y atrayentes. Es innegable que esta forma de estímulo ha tenido una enorme trascendencia en la cultura popular.

...Y seguimos conversando de la fecunda prosperidad de la enseñanza en aquel hermoso país. El Doctor, tan

ameno, rodeaba sus relatos de sugestivas anécdotas. Y por esa magia que tiene la asociación de las ideas, hablamos de Barrios, de Justo Rufino Barrios, el Reformador.

El era todo,—nos decía. Su brazo vigoroso completó la gran obra bosquejada por García Granados. Con él se confirmaba el Liberalismo y tomaba carta de nacionalidad la Democracia y el principio de la Ley. Un periodista, vean ustedes—y nos alargó un recorte—lo trata con cierta aspereza que es injusta. Fué demoledor porque sabía que sobre las ruinas había de florecer la sociedad del porvenir. Ese hombre soberbio, que evoca la fantástica concepción del tipo *nietzscheano*, alma y nervio, amó una idealidad hasta el sacrificio. Tenía la clarividencia y buscaba el esplendor de Centro América. Si el Sr. Estrada Cabrera,—en quien aquel decir *emersoniano* de que el carácter es fuerza acumulada parece determinarse abiertamente,—no hubiera trabajado con la más patriótica constancia por ensanchar las múltiples manifestaciones de nuestra vida nacional, podría decirse que la Guatemala de hoy es la sombra prolongada de Barrios, el gran Reformador.

El Doctor nos habló también con entusiasmo caluroso de Costa Rica, de esta pequeña y querida Patria. Y después de estrechar su mano, salimos gratamente impresionados de aquella casa cubierta de flores y perfumada por el suave encanto de los niños.

César Rivot

También se va la Primavera...

Para doña Hortensia de Acosta

...Y había tenido que aceptar. Era una dama quien lo reclamaba. Después de todo, ¿la velada no era a beneficio de una sociedad caritativa? Tocaría, sí, tocaría.

Por temperamento más que por

cualquier otra cosa, Parsifal había evitado siempre tomar parte en esas fiestas en que solo se adquieren piadosas consagraciones. Artista con todos los poros del cuerpo, amaba la música con verdadera insensatez. Semanas

enteras pasaba rectificando un compás; y por evitar una pifia en su violín, hubiera sacrificado hasta ambas manos. Su definitiva corrección de ejecutante en nada superaba a la del irreprochable quiebre de su pantalón. Era uno de esos raros casos en que arte y persona son oro de los mismos quilates. Su vida de franca dignidad no se había separado jamás un diez milímetro de aquella línea que trazó el sereno crayón de su conducta. Una sola novia, Claudia, colmaba la fervorosa página de todos sus años. Morena y apasionada, de talento cultivado y sugestivo. En su construcción interior se adivinaba enseguida la mano generosa de aquel Parsifal tan distinguido.

Comprometido para tocar en la próxima velada, Parsifal debía ensayar una romanza en casa de la señorita Vera O'Leary. Se había convenido en que sería a dos voces: arpa y violín. Los ensayos comenzarían aquella misma noche.

Parsifal limpió cuidadosamente, con un pañuelo de seda, la caja de su violín; y después de revisar, frente al espejo, su elegante indumentaria, guardó el instrumento en el estuche y tomándolo bajo el brazo siguió hasta la casa de su novia. Claudia lo esperaba en la ventana.

—No hubo manera de excusarme, le dijo después de saludarla. Hasta doña Eloísa estuvo a verme.

—Aquí también estuvieron las muchachas, Rita y Marieta, a rogarme que influyera para que tocaras...

—Y qué les dijistes? preguntó Parsifal vivamente interesado.

—Que sí, que con mucho gusto; que tal vez tú, por tratarse de esta fiesta, de una índole tan distinta a la de esas otras, irías. A mi me complace mucho que te resolvieras. ¡Pobrecillas, ellas creen que con que tu nombre vaya en el programa se doblará la taquilla!

Y como Parsifal venía sólo para avisarla, apretándole dulcemente una mano, le dejó el clavel que traía en el ojal de la solapa y se fué...

* * *

—La señorita le ruega pasar, dijo el portero con ese tono respetuoso que tienen los sirvientes de las casas distinguidas.

En la sala—una sala coquetona y perfumada en donde hasta el menor detalle tenía un sello de elegancia.—Vera, la hija segunda de los señores O'Leary, de pie, en un ángulo, estaba esperándole. La acogida fue de lo más cordial: un fuerte apretón de manos y una broma rebotante de ese chic que tienen las mujeres cuando saben que son bellas. Y después, con la mayor soltura:

—Pensábamos que no vendría! Tal vez la novia... las mujeres, cuando nos vamos a casar, nos volvemos muy exigentes.

—No lo crea usted; mi novia es de lo más encantador, y por ningún motivo sería capaz de fracasarme un compromiso, exclamó Parsifal sonriendo alegremente, mientras colocaba su violín sobre una mesita de primoroso junco.

—Pero no me haga usted caso, si lo que le he dicho son puras bromas...! contestó Vera, acompañando las palabras de graciosas palmaditas. Ahora siéntese usted aquí, cerca a mí,—continuó,—y escojamos entre estas dos romanzas. «MUY SIGLO XVIII» me encanta verdaderamente; BILITIS es también muy linda... ¿cuál le parece?

—La que a usted le agrade más. Desde luego, su deseo está sobre todas las cosas!

—Gracias, Parsifal, siempre tan galante! Y como para justificar plenamente su decisión, agregó con sugestivo encanto:

—«MUY SIGLO XVIII» es muy refinada, muy suave...—y presentándole el papel—¡Lea! ¿No le sugestióna esta parte? Ahí, sí, ahí, donde comienza el *trío*... taran... tarain..., y tararé suavemente, dulcemente, mientras sonría al artista con sus ojos de húmeda turquesa.

El ensayo se prolongó hasta las diez y cuarto. Durante su vida, jamás ha-

bía pasado Parsifal un par de horas así, solos, con otra mujer que no fuera Claudia. Vera le parecía más repulsiva que encantadora. Superficial y bella, felina e imponente, era una de aquellas admirables muñecas que había inmortalizado el frívolo pincel de Antonio Wateau. Y sin embargo, durante el camino no pensó en otra cosa...

El siguiente ensayo fué más íntimo. Una repentina familiaridad animaba todos los actos de Vera. Aquel hombre tan correcto, con el alma a flor de los labios, la había conquistado enseguida. Parsifal era *amigo de la casa* desde tiempo atrás. Dos o tres ocasiones había bailado con él en otras tantas fiestas; y sea porque en tales casos, ante la fina alevosía del comentario, solo nos preocupamos de parecer bien, lo cierto es que Vera jamás se había fijado detenidamente en Parsifal. Y con seguridad que si antes del primer ensayo alguien le hubiese preguntado que si lo *conocía*, habría contestado con la mayor firmeza que sí, y hasta hubiera dado opinión respecto a sus sentimientos y modales. Y cuán diferente debía parecerle ahora! El caso no es típico: todo el mundo os conoce plenamente, y sin embargo, qué pocas personas podrían analizar con sinceridad vuestra psicología!

—Es necesario, dijo Vera un poco contrariada, cuando ya finalizaba el ensayo, que busquemos otra arpa. La de Rita es muy armoniosa... tal vez podría servirnos. Y como si de pronto recordara una cosa vivamente esperada, insinuó amablemente:

—Querría usted venir mañana, a la una de la tarde, para que vayamos a verla?

Parsifal aceptó. Aquella noche, con un dulce amargor dentro del alma, se metió entre las blancas sábanas de su cama, tarareando, inconscientemente, «aquella parte sugestiva de MUY SIGLO XVIII»...

*
*
*

Jamás ninguna cita le había preocupado tanto. Desde temprano arregló cuidadosamente su tocado. El almuer-

zo le pareció interminable. Y sin embargo nada tenía de extraordinario aquella cita. No era más que un discreto compañero a quien las circunstancias del momento y su vanidad de artista arrastraban fervorosamente al cumplimiento de su cometido. Era necesario que su número resultara brillante, digno de su nombre. Y en tal sentido, la adquisición de una arpa mejor era una nueva prenda de triunfo.

Por fin llegó la una. Tomó sus guantes, ajustó el lazo de la corbata, y salió rápidamente. Vera lo esperaba desde la última grada de la puerta principal. Encantadora y arrogante, vestida con un traje-sastre verde musgo, y empuñando una sombrilla Rosellón de bordaduras delicadas, parecía una de aquellas reinas de la elegancia a quienes acompaña el definitivo vassallaje de todas las miradas.

Rita no estaba en casa. Pero fueron recibidos por doña Eloísa y por Marieta. Después de los saludos y de un *'Qué elegante pareja!*, dijo Marieta, alocadamente:

—Sí, sí, chiquilla; tempranito recibimos tu recado. Rita ya había salido, pero si te resulta, te la damos con mucho gusto. Yo creo que la conoces, alguna vez tocaste en ella?

—Gracias; sí, para Noche-Buena. No recuerdas?

—Sí, sí, es verdad... y que cantamos todas como unas locas!

—Parsifal dice que la mía está algo sorda. Nuestra casa es muy húmeda: tal vez sea el motivo. Y dirigiéndose al violinista, con un gesto casi imperativo:

—La probamos? díjole.

El arpa era admirable. Vera tocó varias cosas, menos la romanza escogida. Y se convino en que esa misma tarde vendrían por ella.

Al regreso, cuando todo el bochorno de aquel día de verano caía pesadamente, Vera, con voz insinuante, propuso que siguieran hasta arriba... hasta el Parque Nacional, el más solitario y el más fresco. Parsifal se dejó arrastrar. Aquel olor tan penetrante, aquella confianza súbita y aquellos modales tan

desenvueltos y que tanto le repugnaron al principio, ejercían sobre él un poder extraño, indefinible. Pensándolo, intentaba darse cuenta del peligro que lo cercaba audazmente, pero decía para consigo: ¡vahl!, y levantaba los hombros despectivamente. En el parque sólo se escuchaba el rumor de una fuente. Se sentaron en un banco, bajo las acacias. Vera tarareó aquella parte *sugestiva* de MUY SIGLO XIII, mientras hundía el azul penetrante de su mirada en los ojos de Parsifal.

—Usted está muy meditabundo—le dijo dulcemente.—Para mí, que piensa en Claudia, ¿verdad? No lo niegue. Y muy bien hecho: ¡para eso se quiere!

Parsifal tuvo un calofrío. No pensaba en Claudia. ¡Claudia! El recuerdo de Claudia se elevaba en su conciencia como un juez que estuviera leyendo sus debilidades. Su debilidad al dedicarse, casi un día entero, sin saberlo, a otra mujer no por complacerla sino porque una necesidad superior lo demandaba. Y tuvo un remordimiento. En aquel instante miraba hecha cenizas la página inviolada de su vida, y sentía todo el dolor, ese dolor necesario que colma el corazón de un hombre honrado cuando se arrastra por primera vez.

—No, a fe mía que no pensaba en Claudia... pensaba en la velada—contestó sonriendo forzosamente, como para reanimar su dolorido aspecto.

—Pero ¿por qué se empeña usted en negarlo? ¡Si se lo conozco bien! ¡Si comprendo que está vivamente contrariado por haber venido hasta aquí, conmigo!

—Pero ¡por Dios! no diga usted eso, Vera. ¡Si yo tengo singular agrado en ello!... Usted ama la música, yo amo la música, y ¡claro! hablamos de ella solamente; ¿qué de malo puede haber en esto para que yo me lo reproche?

—No... pensaba...—y subrayando—*usted ama la música, yo amo la música...* ¡realmente! Y al volver los ojos, hacia Parsifal, insinuante y dulce, se encontró con su mirada, una mirada que hasta entonces no había tenido. Am-

bos bajaron rápidamente la frente. Y no fué sino hasta a las cuatro cuando se levantaron. De camino, Vera cortó una rosa del último parterre.—Es para usted, le dijo, y acercándose, audazmente se la colocó en el ojal de la solapa. Parsifal le dió las gracias en voz baja, y estrechó suavemente, con la punta de los dedos, aquella mano, que con toda libertad le daba ya el primer zarpazo. Y bajaron alegres por la polvosa avenida; los carruajes cruzaban tumultuosamente, y a lo lejos, las primeras nubes de la tarde semejaban banderas cansadas de esperanza...

En la noche, terminado el ensayo, Vera rogó a Parsifal que viniese al día siguiente a tomar el té con ella.—Y se trae algo que tocar! Me entiende? Eso conviene...! le advirtió con la mayor dulzura.

Así transcurrieron los demás días, hasta que llegó el de la velada: apasionados, con pretexto de tocar algo y de tomar el té, durante el día; y en las noches, para ensayar aquella romanza que ya sabían magistralmente.

Pronto interesó a los corrillos la noticia de que Parsifal estaba enamorado de Vera O'Leary. Hubo infinidad de comentarios. El rumor llegó por fin a oídos de Claudia. Fué Marieta quien se lo dijo. La pobre traicionada que había formado sus inclinaciones en las disciplinas de aquel hombre tan noble y tan honrado, no pudo resolverse a creerlo. Después de todo, Parsifal había estado durante las noches de ensayo con ella, allí juntos, en la salita adamascada, desde las seis y media hasta las ocho de la noche; y ella, ¡la pobre! no había notado nada! El era siempre tan solcico! Además, sabía que Parsifal no traicionaría nunca la palabra que tan solemnemente le había empeñado. Y en un instante, se hacía diversas reflexiones: como saben que nos casamos!... si será?... claro que sí!... Y Marieta sabe cuánto me quiere...! Vahl! ya no haré caso de estas cosas! Pero la idea, en el fondo, siguió mortificándola.

* * *

A las siete y media de la noche, Parsifal, de frac, correctísimo, llegó para darle las entradas a un palco secreto, el de la derecha, junto al escenario y en comunicación con éste. Así la acompañaría hasta que le tocara su turno. Verdad es que ahí también estarían, su mamá, Rita, Marieta y doña Eloísa.

El teatro estaba lleno. El solo nombre del violinista había arrastrado la curiosidad de todo el mundo. Los binóculos, en los entreactos, apuntaban hacia el palco en donde él se hallaba. En los pasillos, mezclando el nombre de Vera, se hacían maliciosos comentarios. Claudia, por un raro presentimiento, lo adivinaba todo. Un frío glacial helaba sus manos; en su frente había la palidez de un jazmín otoñal; y algo así como el brutal derrumbamiento de todos sus ensueños, sintió en aquel instante en que Parsifal salía para ejecutar con la *otra* su número, su romanza, aquella romanza que para vivirla había habido necesidad de hacerlo con la sangre de su propio corazón...

El telón ascendió majestuosamente. En el escenario, el derroche de flores y de luces, evocaba la decoración de un cuento de Oscar Wilde. Parsifal apareció, arrogante y dando el brazo a Vera, intensamente bella bajo la suave prisión del tafetán constelado de perlas y de imposibles aplicaciones. Una resonante salva de aplausos los acogió triunfalmente. Claudia, desde el palco los seguía con mirada excrutadora y febril. El corazón se le escapaba por minutos. Si será cierto? Si será cierto? se decía y se apretaba las manos, abatida y convulsa.

Por fin se oyó la música divina de MUY SIGLO XVIII. Aquella armonía ultraterrestre tenía a todos los corazones suspensos de verdadera emoción. Claudia, en uno de esos súbitos arrebatos que sufren los que sienten toda la plenitud del dolor, salió del palco, con cautela, silenciosamente, y fue a pararse frente a ellos, frente a los eje-

cutantes, desde ahí, desde los bastidores temblorosos. Y con absortos ojos, la pobre traicionada, vió en aquel instante, en que finalizaba la romanza, que Parsifal y Vera ya no leían el papel sino que se miraban apasionadamente, y pensó en que aquella música no era sino el choque de sus miradas, la crisálida azul de sus almas, que en la apoteosis había suspendido el vuelo sobre todas las cabezas... Y mientras el telón caía, un grito reprimido, trágicamente cordial, se escapaba de su pecho herido a muerte, y hería también el corazón de Parsifal. Y fué emocionante lo que entonces sucedió: el brazo, obediente, al desgranar las últimas notas, mató de un golpe la celeste vibración, en tanto que las cuerdas del violín se encogían hechas pedazos!

La ovación fue delirante. Vera que se enteró de todo, huyó hacia el interior del escenario, mientras Parsifal llevaba en brazos el desmadejado cuerpo de su novia.

La pobre madre no sabía nada. ¡Le ha dado un ataque de emoción! decía, atribulada y llorosa, a cuantos llegaban a enterarse de lo acontecido.

Desde entonces, el violinista no se separó un minuto más del lado de Claudia. Y una tarde, cuando ya restablecida, quiso poner la mano sobre aquella reciente y dolorosa cicatriz, le contestó apartando su intención con una sonrisa de piedad:

—No te empeñes, Parsifal, ya no es posible recoger de nuevo tu cariño. ¿Podrían las destrozadas cuerdas de tu violín, aún que las añadieras cuidadosamente, vibrar con la misma frescura y con la dulce armonía que antes tuvieron? Y señalando el jardín, poblado de crepúsculo, imirad, le dijo tristemente, también se va la primavera!...

Arturo García Solano.

(De *Las Granadas del Crepúsculo*).



Avenida de Minerva

Guatemala alborozada celebra con pompa las fiestas de Minerva

Parece imposible a muchos que después de dieciséis años se dé novedad y esplendor a las famosas fiestas de la niñez. No obstante, lo demuestran los hechos: no sólo conservan ese esplendor, sino que comentan su magnificencia. Lo que caracteriza a los distintos actos de los tres días, es la inventiva de que dan muestra las primeras autoridades, buscando notas de verdadera originalidad y gracia, que llamen la atención de un pueblo ávido de cosas nuevas.

El entusiasmo por el homenaje a la juventud que se educa, se ha demostrado de una manera noble y elocuente.

Describir con grandes detalles la disposición singular de los distintos actos, la elegancia y belleza que dieron tan grande aliciente al conjunto, no es tarea que pueda hacerse de un solo tirón. Iremos por partes.

Desde las seis de la tarde del 28, los colores de nuestro hermoso pabellón, flamearon en los edificios públicos.

El adorno de las calles

En la parte céntrica de la ciudad, el adorno era sencillo y vistoso.

El público quedó agradablemente sorprendido al ver, muy temprano, toda la Sexta Avenida Norte artísticamente decorada. Aquello era una inmensa bóveda de pequeñas bolas de viruta de distintos colores, suspendidos con cáñamos, de cornisa a cornisa en las casas. La idea fué original y el trabajo verdaderamente delicado.

La espléndida Avenida de Minerva presentaba panorama bellísimo con sus grandes columpios de ramas verdes y la enorme alfombra de vivos colores en el suelo. Frente a la mansión Presidencial, también había una alfombra parecida a la anterior. El res-

to de la Sexta Avenida estaba cubierto de pino.

Vaya una efusiva felicitación para los encargados de dirigir esos trabajos.

En la plaza de armas

Desde las siete de la mañana del 29 de octubre, comenzaron a llegar a los alrededores del Parque Central y a los lugares de antemano señalados, las alumnas y alumnos de colegios nacionales y privados, luciendo, cada uno de ellos, vistosísimo uniforme.

Estos preparativos constituían grandes anuncios de un acto imponente y grandioso.

El gran cuadro que presentaban millares de niños, aquella irreprochable corrección y cultura en cada grupo, aquella gallardía de los alumnos de nuestra Academia Militar, de la Escuela Práctica, del Instituto de Varones y de otros colegios, llamaron grandemente la atención del enorme público congregado en los portales.

Atraían las miradas de todos, el uniforme que vestían los alumnos del Colegio Anglo Alemán, el del Instituto Americano con su grupo de marinos; el de la Escuela Normal de Varones; y los del Colegio «Domingo Savio» (Boy-Scouts) y otros muchos.

La formación de las señoritas de colegios nacionales y privados, semejaban una inmensa cinta de flores.

Para hacer la descripción de cada colegio, necesitaríamos pluma de oro y muchísimo espacio; desgraciadamente no contamos ni con lo uno ni con lo otro.

La columna formada

Al finalizar la organización de los colegios queda establecida la calma absoluta. Todos los grupos tienen su

lugar; el escaso polvo que ha flotado en el espacio, desciende al suelo y se purifica la atmósfera. Las líneas se ven rectas, muy rectas, e inmóviles. Las lanzas han levantado sus pequeñas banderolas, quedando fijas por el regatón al medio de los estribos y los caballos que montan los jóvenes prácticos que poco antes pifaban, sacudiendo la nerviosa cabeza, parecían ahora dormidos si no fuera por el movimiento de las orejas.

Acaba de ocurrir allí lo que en el revuelto vaso de líquido: el sedimento va bajando al fondo en pequeñas partículas y la superficie va quedando perfectamente clara, pura y trasparente.

Contrastan esas filas con el público enorme estacionado bajo los portales, viéndose en éstos, trajes vistosos y elegantes que dan la nota de alegría al más apartado lugar.

El gran desfile

El sol alumbraba espléndido. ¡Qué bello es el sol de Guatemala!

A los fotógrafos se les dejó entrar por distintos puntos. Todos se apresuraban a hacer algunas instantáneas.

A las nueve se puso en movimiento la columna. Desde ese instante el entusiasmo aumentó considerablemente.

La Banda Marcial rompe con una marcha que espande los espíritus y enciende los corazones,

Es una marcha que no sabemos cómo se llama ni de dónde vino. Es un compás alegre y marcial que está compuesto con notas viriles y expresivas.

Miles de niños en cuatro columnas separadas avanzan por la calle convida con los nombres de «El Cuño» y «El Incienso».

En la primera cuadra, un grupo de extranjeros aplaude al pasar las belemitas.

En la esquina frente a la Tesorería Nacional estaba un automóvil: se hizo conducir allí, enfermo, el general Arís.

La columna llegó hasta la Primera Avenida para seguir por la Octava Calle Oriente, pasando frente a la parte

Norte del Santuario de Guadalupe y del edificio de la Escuela Práctica de Señoritas. Esa vía ha mejorado mucho: sus ondulaciones hacen apreciar la columna en toda su belleza.

Avanzó la vanguardia de la columna llena de majestad frente al Palacio Presidencial, en cuyo balcón de honor se hallaba el Jefe Supremo de la República, señor Lic. Estrada Cabrera.

Las niñas caminaban despacio sobre alfombras para rodear la Plaza de Armas y luego hacia la gran Avenida de Minerva.

La Academia Militar hace un desfile correctísimo demostrando una seria preparación. Al pasar frente al Palacio Presidencial se ve una sola línea de bayonetas, manos y pies.

Hermoso escuadrón, dice el público. Se referían a la caballería de la Escuela Práctica.

Un rumor de entusiasmo sale del público estacionado cerca del Palacio Presidencial al llegar el Instituto Nacional de Varones. Era aquella una columna de más de seiscientos alumnos, inclusive su notable cuerpo de ciclistas. No exajeramos: llevan los jóvenes apostura marcial, marcha firme y segura y alineaciones espléndidas.

No es menos vistoso el segundo batallón formado por la Escuela Normal Central de Varones.

Los alumnos del Liceo Guatemalteco, marcharon por vez primera divididos en tres secciones así: Caballería (lanceros exploradores); Infantería (cadetes franceses con uniforme de gala); y cuerpo de honor (con uniforme especial) a la retaguardia.

Tanto el capitán como los lanceros del cuerpo de caballería montaron bonitos caballos.

Entre otros colegios privados, aparecen los marinos del Instituto Americano. Es un bellísimo grupo. Conquista triunfo señalado que tenemos especial placer en consignar. Un chichuelo simpático, en momento oportuno nos dió un impreso con esta leyenda:

Fiestas de Minerva de 1915.

Los remos simbolizan el arma con

tuto, del Conservatorio y los filarmónicos de la Banda Marcial.

Centenares de voces entonaron nuestro Himno, dirigido por el Maestro Cospín.

Al finalizar el canto, el enorme público atronó el espacio con sus aplausos. Es esta una de tantas notas de entusiasmo que diera nuestro pueblo.

Después del discurso de don Félix Calderón Avila, se hizo la entrega de la Bandera del Batallón Escolar. Tomó en sus manos la sagrada insignia el señor general don José María Letona, que iba acompañado de los coroneles efectivos; avanzó hacia el frente del Palacio, siguiendo luego toda la comitiva oficial.

En las gradas bajas se hallaban en correcta formación, los alumnos de la Escuela Nacional de Niños N° 7.

El nuevo abanderado, Justo Rufino Heredia, se acercó, y previa arenga le fué entregada la insignia de la Patria. A su vez el abanderado contestó con sencilla y expresiva alocución. A este acto conmovedor y simpático se unieron los acordes solemnes y graves de las bandas de música, los toques de tambor y de los clarines.

Luego se le adjudicó la Rama de Laurel de Oro a la alumna María Luisa Barrientos, oyéndose al mismo tiempo las delicadas frases de la competente y simpática educadora señorita María Luisa Samayoa.

«El Círculo de Amigos» obsequió a cada uno de los maestros señorita Tránsito Girón y a don Francisco López Matus 3,000 pesos. En ese acto pronunció una alocución el Lic. don Federico Vielman.

La Municipalidad de la capital, por medio del señor Alcalde Tinoco, llevó 1,000 pesos a cada uno de los niños Justo Rufino Heredia y María Luisa Barrientos.

El señor Tinoco después de breve alocución suplicó hacer la entrega de esas cantidades a doña Eliza Z. de Girón y a doña Eugenia de Toledo Herrarte.

Los actos en el Palacio de Minerva terminaron con la recitación del poe-

ma de don Rubén Darío hecha por don Adolfo Vivas, por enfermedad de su autor.

El Lunch servido a los niños

Llegó la hora del bullicio para la niñez: las alumnas acompañadas de caballeros pasaron a las enramadas donde se les obsequió el lunch mandado preparar por el Gobierno.

Tenemos que consignar aquí una nota sobradamente simpática: multitud de obreros, elegantemente vestidos sirvieron a las señoritas con solícito empeño. Quisiéramos consignar los nombres de todos ellos, pero el temor de incurrir en omisiones nos priva de hacerlo. La comisión encargada de la organización del desfile y del servicio de enramadas cumple con el deber por nuestro medio, de rendir a todos las más expresivas gracias. El gremio obrero ha sabido una vez más cumplir con buena voluntad la comisión que se le hiciera de atender a la juventud.

A los niños de la Brigada Escolar se les sirvió el lunch en el Jardín Minerva.

Como bandadas de palomas

Habían dado las doce del día cuando las alumnas de colegios privados regresaban a sus casas. Bulliciosas y alegres con lindos trajes blancos vimos encaminarse por la gran avenida a las señoritas de El Centro-Americano; más allá las del Colegio Internacional, de La Concepción, de El Porvenir, La Educación y otros muchos: todos formaban grupos encantadores que atraían las miradas de la enorme multitud. Parecían bandadas de palomas que abandonaban un campo para posarse en otro.

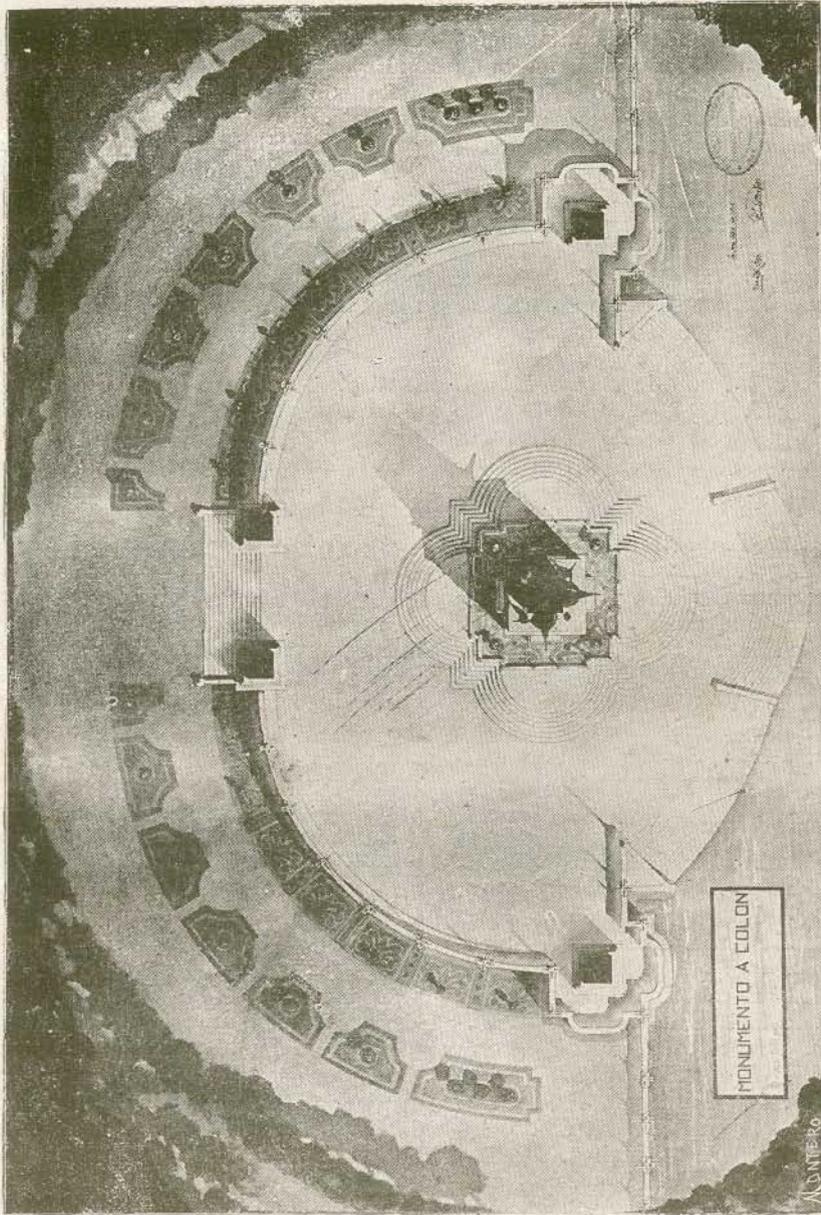
El sol quebraba sus rayos sobre aquel mar de gente.

En la tarde y en la noche

En las horas que se siguieron a los principales actos de la mañana del 29 la animación no decayó un instante en el Campo de Minerva, aumentando el público durante las noches atraído por la maravillosa iluminación de la



Perspectiva del Monumento a Cristóbal Colón



Plano del Monumento a Cristóbal Colón

gran Avenida del Palacio de la Ciencia, de los hermosos Pabellones contruidos por diversas agrupaciones, de los conciertos de orquestas, bandas de música y marimbas, de los notables fuegos de artificio, de las conferencias ilustradas, siendo muy buena la de don Manuel Machado, que tuvo la fortuna de ser escuchado por millares de personas de todas clases sociales.

Los bailes

A las nueve p. m., comenzaron los bailes en los Pabellones. Para el «De los Amigos» invitaron el Dr. don José Matos y el Dr. don Canuto Castillo.

He aquí la Comisión de Honor de la primera noche:

Señoras: Eugenia de Toledo Herrate, Marta H. de Lara, Dominga de Armstrong, María de Arbondín, Teresa Arzú de Batres, Mercedes de Schaeffer, Magdalena V. de Ham, Carlota C. de Mathew, Juana M. de Rosal, Ester T. de Aguirre, Enriqueta de Banninger, Pilar Dighero, Amelia v. de Sánchez Urruela, Lily Stein de Armer, Josefina de Sánchez Latour; Señoritas: Bernarda Dighero, Sara Herrera Dorión, Dora Williamson, Elisa Robles, Julia Wyld, Lola Solares, Enriqueta Batres Arzú, Clara Beltranena Urruela, Marta Asturias S. Amy Miles, Adelina Arís y Elvira Molina.

Comisiones de recepción:

En la noche: Lic. J. Eduardo Girón, Dr. José Matos, don Carlos Herrera, General José María Orellana, Dr. Rodolfo Robles, Dr. Eduardo Aguirre Velázquez, don Manuel Zebadúa, don Manuel M^a Girón, Dr. Nicolás Zúñiga, Lic. Rafael Echeverría y Vidaurre, Dr. Francisco Lowenthal, don Antonio A. Asturias, Lic. Federico Vielmann, don Guillermo Aguirre h.

Durante el día: Lic. J. Antonio Godoy, don Guillermo Sánchez, Dr. Demetrio Orantes, Lic. Francisco Quinteros A., Dr. J. Luis Asensio, don Max. de la Parra, don Carlos Luna, don Felipe Galicia, don Manuel Machado, don Mariano J. García A. y don Jorge Valladares Márquez.

Se inician los bailes de los obreros

Después de las ocho de la noche comenzó en el hermoso salón de la derecha, el baile de los obreros. Reinó en él la más franca expansión y alegría.

En esa reunión se vió cuánto ha adelantado la cultura del obrero guatemalteco.

A las doce la inmensa muchedumbre que hiciera acto de presencia en los festivales a que nos hemos referido regresaba por la ancha avenida, llena de gallardetes, de banderolas y de una fantástica iluminación de millares de focos incandescentes.

Los clubs atléticos y deportivos

El día 30 como a la una de la tarde, el firmamento estaba espléndidamente nimbado de claridades.

A la hora marcada en el programa comenzaron a llegar las alumnas de los colegios nacionales y los miembros de los clubs deportivos a la Plaza de Armas.

¿Quién no conoce el carácter expansivo, jovial, caballeroso y culto de los miembros de los diversos clubs deportivos particulares? Donde están ellos está la alegría y el buen humor. Apenas llegaron frente al Palacio Municipal se les ofrece una sección de la Banda que aceptan con especiales muestras de regocijo.

La organización de los distintos grupos de que se formaría la columna, quedó terminada en quince minutos; al iniciarse la marcha hacia el campo de Minerva a la vista del público, se ofreció un cuadro hermosísimo: después de la Banda Marcial, cuaminaban las señoritas alumnas de la Escuela Práctica, luciendo precioso traje, apropiado a los ejercicios de calistenia que debían practicar: la presentación de este grupo, sin exageraciones de ninguna especie, fué hermosísima. Seguían las señoritas del Instituto y luego las de la academia «21 de Noviembre».

Se nos olvidaba consignar que al frente de la columna iba, como explorador, un grupo de ciclistas del Club

«Libertad», del que es Presidente don Julio Quirós. Las ruedas de las máquinas las adornaron primorosamente con listones de vivos colores.

A los grupos de señoritas de que ya hemos hecho referencias, seguían los ciclistas del Instituto de Varones, a diez pasos de distancia.

Las filas de los miembros de clubs deportivos producían en el ánimo del público, agradable impresión. Lucían trajes especiales, los miembros del Tennis, los del Quiriguá, Guatemala, American, Victor, Ohio, Hércules, Cartago y Setenta y uno.

Cerraban la primera parte de la columna, los miembros del Comité Deportivo, señores don Samuel Gálvez h., don Carlos Luna y don Víctor Aguilar Peláez.

A continuación marchaban con la Banda Minerva, los alumnos de la clase de equitación de la Escuela Práctica de Varones, cabalgando en briosos corceles, los alumnos de la Escuela Normal de Varones, el Cuerpo de alumnos de los ejercicios de sable, la Artillería Infantil y los alumnos de las Escuelas números 1, 2, 3, 4 y 5.

Avanzaron los grupos deportivos marchando entre el bello marco formado por numeroso público apostado a todo lo largo del trayecto; en las aceras, en los balcones y donde quiera que había un lugar donde ponerse de pie.

Si el desfile por la Avenida del Hipódromo fué hermoso bajo el dosel de festones y banderolas, al entrar la columna al Campo de Minerva, pareció a todos más imponente.

Acto conmovedor

El pueblo prorrumpe en una ovación delirante:

El mismo aspecto de opulencia y de festividad extraordinaria que el Campo de Minerva presentara el 29, lo ofreció el 30.

La presencia del Jefe Supremo de la Nación dió vida a todos los actos.

En momentos en que menos se esperaba, se oyeron las notas graves de todas las bandas de música, de los tambores y de los clarines.

El público todo dirigía la vista a un

solo lugar: al frente del Palacio de la Ciencia; la bella señorita Graciela Palomo representando a Guatemala, iba acompañada de los señores Ministros de Instrucción y de Gobernación y Justicia. Llevaba la bandera de la Patria el señor general don Enrique Haussler. El grupo avanzó hasta llegar a la parte Norte y de allí, sobre una simulada roca cubierta de musgo y de flores, en el Palacio, ocupó puesto distinguido dicha señorita, con lindo traje de seda de azul y blanco y gorro frigio: sostenía en la mano derecha la insignia de la Patria. En otros lugares tomaron puesto varios miembros de clubs deportivos.

Resultó el espectáculo conmovedor y bello, a tal extremo que el público, delirante de entusiasmo, aplaudía frenéticamente.

Los premios

Después del discurso del doctor don Antonio Valdeavellano se procedió, en el Palacio, a la entrega de los premios dispuestos por el Club Internacional a las alumnas y alumnos de las escuelas nacionales. También el Club «Victoria» hizo obsequios a los niños más adelantados.

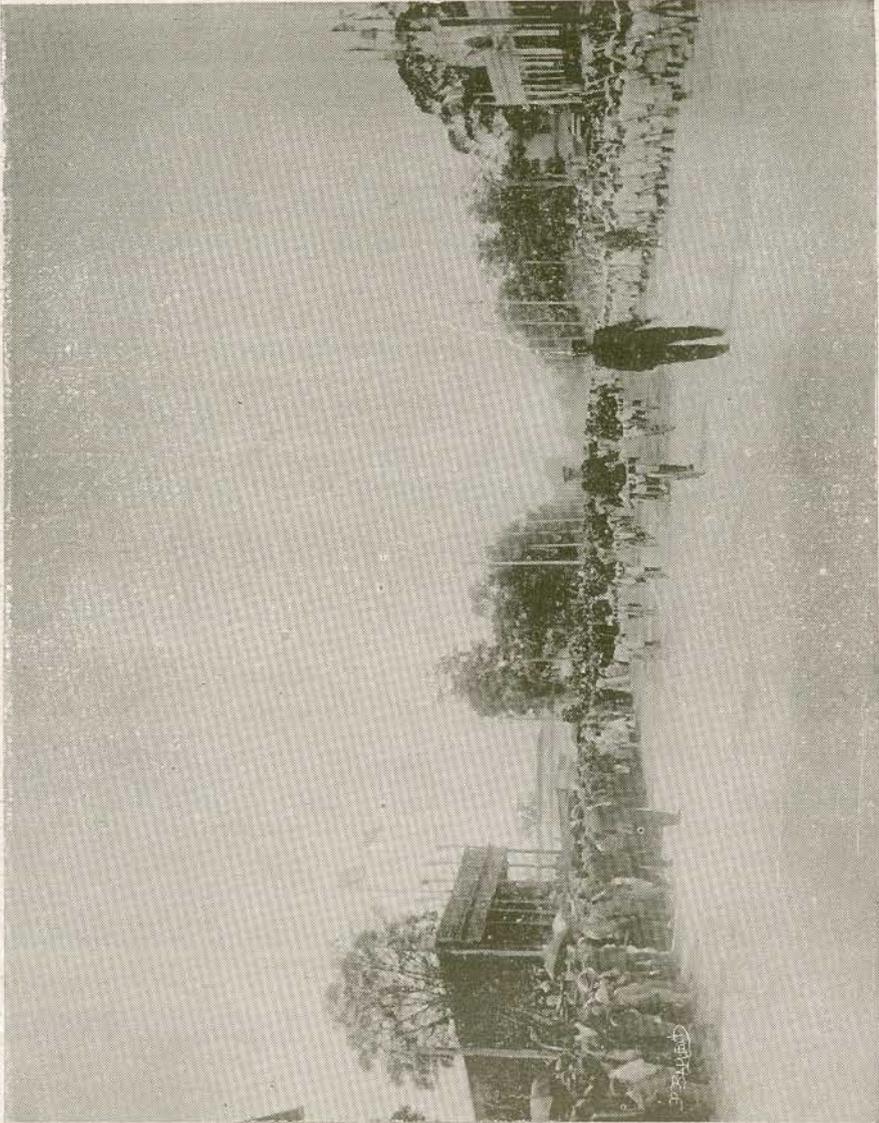
Calistenia sueca

La ansiedad por presenciar los ejercicios de sport, crecía en el público enormemente apiñado en las amplias galerías de los salones. Ninguna persona perdió el menor detalle de la calistenia sueca de las señoritas alumnas de la Escuela Práctica, del Instituto y de la academia «21 de Noviembre», llamando la atención la «Fiesta de las Flores», acto lucidísimo desempeñado por las primeras de dichas alumnas. Los espectadores premiaron con sus aplausos la buena dirección de los ejercicios.

Simultáneamente los clubs deportivos se disputaban en el campo la copa reglamentaria y la copa «Panamericana».

Otros actos

En las carreras de cintas triunfaron los ciclistas del Club Libertad, obte-



Alumnos ciclistas del Instituto Nacional en las Fiestas Minervalias

niendo hermosas Bandas de seda: don Julio Quirós, la de la bella señorita Ana Engel; don Arturo Jurado, la de la señorita Teresa Laparra; don Julio Contreras, la de la señorita Ernestina Lewin; don Mauel Contreras, la de la señorita Josefina Espinosa; don Dagoberito Pinzón, otra de la señorita Ernestina Lewin; don Gustavo Espinosa, la de la señorita Lupe Estrada; don Salvador Rivas, las de las señoritas Alicia Aguilar y Marta Castillo; don Juan Jurado, la de la señorita Carmen Carrera Díaz; don Emilio Larrave, la de la señorita Hortensia García Estrada; y don Oscar Fuentes, las de las señoritas Matilde Samayoa y Angelina Lizano.

No obstante las irregularidades del piso, salieron bien las carreras de los ciclistas. En la primera, de una vuelta a la cancha, corrieron don Raúl Mendizábal, don Francisco Molina, don Ricardo de León Régil y don Roderico Fuentes. Este último fué el vencedor. Los premios consistieron en diploma de medalla de plata y diez pesos oro. Formaron el Jurado, el doctor don Eduardo Aguirre Velázquez, don Rafael Alvarado Tinoco y el señor Baninger.

En la carrera de a pie, de velocidad, 100 yardas, venció don Arturo Muriello. En la de resistencia, una vuelta a la cancha, venció el mismo. En la de salto, salió vencedor el español don Bartolomé Almorza, empleado activo del almacén «La Paquetería».

No dejaron de sucitarse ligeras dificultades, en el desarrollo de los ejercicios anteriores, que fueron resueltas con mucho tino por los Jurados respectivos.

Para la tarde del 30 hubo exceso de números en el programa y falta de tiempo. Esta fué la causa de que no se verificaran los ejercicios de las escuelas de varones números 1, 2, y 5, la de la Artillería Infantil y los de la Escuela Práctica de Varones que tenían números nuevos e interesantes.

El obsequio del Comité de señoras y señoritas

A medida que el tiempo avanzaba,

en las enramadas de verde follaje, grupo selecto de señoras y señoritas obsequiaban a la juventud, con finos dulces de colación y leche, confites en primorosas canastillas adornadas con banderillas de seda.

El grupo de damas y señoritas, acompañadas de distinguidos caballeros, servían con diligente empeño a la niñez, con aquella bondad y cultura que tanto distingue a la mujer guatemalteca. Ese Comité está formado así:

Señorita Bernarda Dighero, Presidenta; señoras doña Eugenia de Toledo H., doña Elisa de Girón, doña Elisa de Mendizábal, doña Mercedes de Reina Andrade, doña Anita B. de Aguirre, doña Rosa de Stahl, doña Francisca de Yurrita, doña María Klein de García Salas, doña Victoria de Jallale, doña María de Hodgson, doña Anita de Reyes, doña Victoria de Abella, doña Elisa de Sánchez, doña Irene de Chajón, doña Irene de Kosak, doña K. de Rivera Paz, doña Concha S. de Saravia, doña Victorina de Stahl, doña María P. de Padilla, doña Rosa de Estévez, doña Leonor de Rodríguez, doña Angela de Novales, doña Pilar de Morales Tovar, doña Felipa de Valladares, doña Rutilia de Godoy, doña Marcelina de Ibagüen, doña Valentina I. de Dardón, doña Luz de Tinoco, doña Cristina de Córdón, doña Victoria de Mata, doña Octavia de Byrne, doña Concha de Polanco, doña María S. de Batres, doña Margarita de Cabral, doña Jesús M. de Ruiz Angulo.

Señoritas: Matilde Cándara, Octavia Córdón, Pilar Dighero, Jesús Rufz Angulo, Elvira Reina Andrade, Cristina Castañeda, Pilar Reyes, Emma Morales T., Concha Estrada de la H., Filomena Córdón, Julia Goyena y Julia Godoy.

En la noche

Atardecía. Un mar humano abandonaba por escasas horas el Campo de Minerva.

La iluminación era deslumbrante por todas direcciones.

Los ecos de las músicas apagaban

en ciertos momentos el bullicio de la gente.

Los Pabellones de las Industrias, de la Banca, de Los Amigos y del Ayuntamiento, se iban llenando de público desde las ocho p. m.

La Comisión de Honor en el de Los Amigos, en la noche del 30, fué así:

Señoras: Elisa de Girón, Antonia de Matus, Olga B. de Vásquez, Clara Rubio de Tejada, Lily A. de Apfel, Julia B. de Aguirre, María C. de Ortega, Margarita B. de Vásquez, Lola de Zebadúa, Irene L. de Aguirre, Teresa de Suazo, Amalia Letona de González Sierra, Elisa D. de Sánchez, Concha Najera de Asturias, Mercedes E. M. de Fernández.

Señoritas: Matilde Arbondin, Helena Herrera Dorión, Carlota Paul, María Arroyo, Carmen Aycinena, Dorothea Pearse, Angela Novales, Elisa Padilla, Teresa Beltranena, Mary Wyld, Aída Miles, Meches Valenzuela Micheo, Concha Figueroa Nájera.

Comisiones de Recepción.—En la noche: Dr. Luz Toledo Herrarte, Lic. Antonio Batres Jáuregui, Dr. Julián Rosal, Lic. Roberto Lowenthal, don Rafael Tinoco, don Alfonso Asturias, don Máximo Soto Hall, don José Rodríguez Cerna, don Juan Valenzuela Micheo, don Manuel Echeverría y Vidaurre, don Francisco C. Castañeda, don Luis Ibarra Rivera, don Delfino Sánchez Latour, don Carlos Herrera Dorión y don José Aguirre Beltranena.

Durante el día: Lic. José A. Beteta, Dr. J. Mariano López, General don José María Lima, Lic. Roberto Matos, don Manuel Rodríguez Beteta, Ing. G. Alfonso Polanco, don Salvador Galicia, don Enrique Valenzuela Micheo, don Ramiro Fernández, y don Carlos Rodríguez Cerna.

En el salón de la derecha

Enorme multitud se agolpaba a inmediaciones del Salón de la Derecha, al lado de las galerías del Norte. Era que se había iniciado el baile de los obreros, en medio de las notas de magnífica marimba. La noche del 30, dan-

zaron en el citado salón, más de quinientas parejas.

Pocas veces el gremio de artesanos se ha unido con el más fraternal cariño y en tan crecido número, para gozar de horas de alegría y de pasión.

La manifestación del 31 de Octubre Solemne desfile de los gremios obreros

El mismo aspecto de intenso entusiasmo de los días anteriores tuvo el domingo 31 de octubre.

Minutos antes de las 7 de la mañana un verdadero mar de gente invadía las inmediaciones de la Estación de los Ferrocarriles y las calles adyacentes. Eran los gremios de obreros de la capital que se preparaban a tomar parte en una gran manifestación en honor a la juventud por invitación que les hiciera el Comité respectivo, presidido por el modesto y estimable obrero don Rafael Soto Mayor.

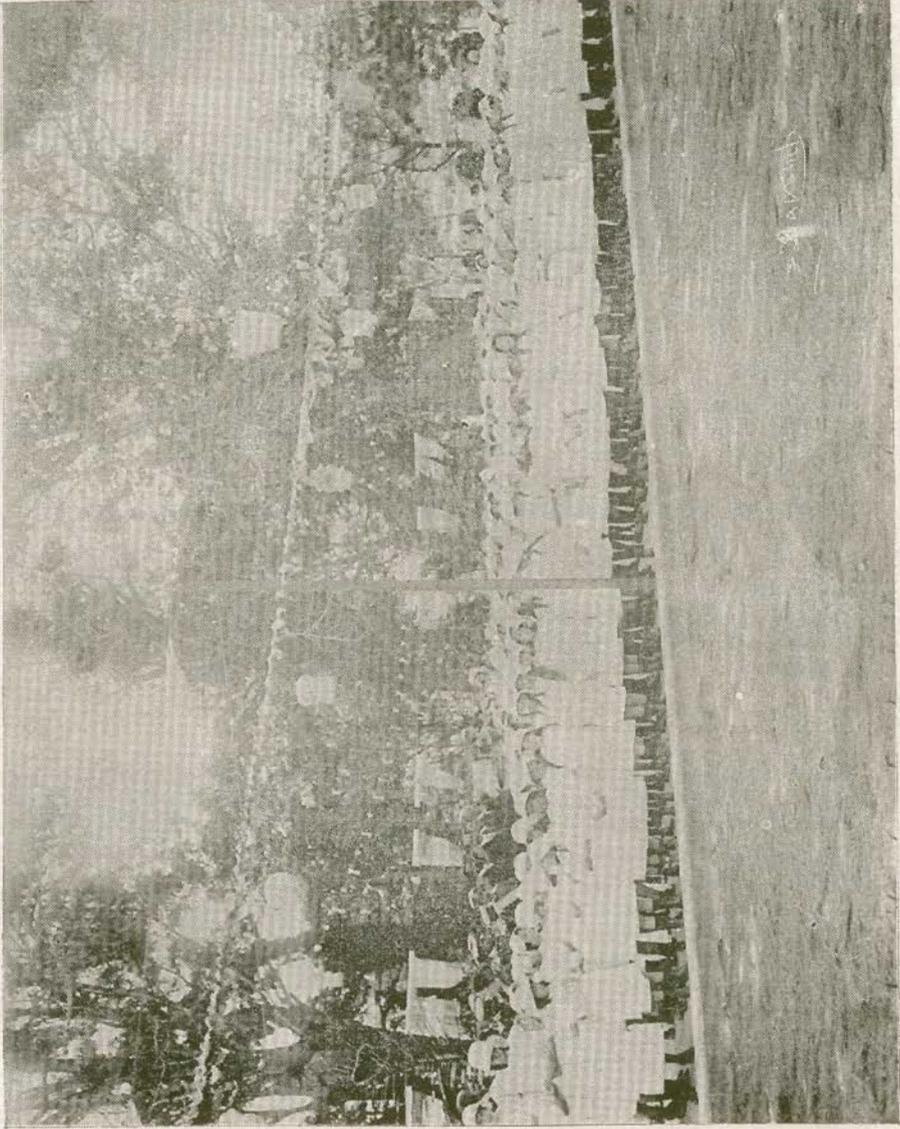
Las comisiones de orden y organización se multiplicaban yendo de un lado para otro. La llegada del señor Ministro de Instrucción Pública y del cuerpo de la Banda de Minerva fué saludada por la multitud con aplausos.

A las nueve la vanguardia de la columna estacionábase frente a la Colina del Calvario. A los pocos momentos llegaban en carruaje ocho agraciadas señoritas de la Academia «21 de Noviembre», vestidas de griegas, llevando coronas de laurel. Se encargó de acompañar a la directora de la Academia y a sus alumnas, hasta el lugar citado, una comisión de artesanos presidida por don Nemesio Gutiérrez.

Las señoritas son las siguientes: Yolanda Defilipi, Trinidad Aguilar, Delfina Bóbar, María Gudiel, Francisca Urraca, María Cárcamo, Ernestina Lewin y Natalia Cóbar.

Llegaron además varios niños luciendo gabachas y sombreros blancos con cinta roja. Cada uno de ellos conducía instrumentos de carpintería, herrería etc., etc.

Inmediatamente se procedió en plena calle, y a la vista de todos, al sorteo del obrero que debía de llevar la ban-



Señoritas cantando el Himno a la Paz en las Fiestas Minervalias

dera de la Patria. La suerte favoreció a don Miguel Bonilla.

A los pocos momentos llegó una compañía de tropa del Fuerte de San José y entregó la insignia sagrada al abanderado, entre los aplausos de la muchedumbre.

La columna en marcha

A las nueve y quince minutos estaba ya formada la comitiva en el orden siguiente:

La Banda de Minerva.

El grupo de griegas.

Los niños representando las artes y los oficios.

El abanderado.

Los miembros del Comité de Obreros y;

La columna de artesanos, de cuatro en fondo. Pasaban de cuatro mil los manifestantes.

A la hora antes mencionada se puso en movimiento en la mayor compostura, guardando un silencio solemne, aquella hermosa columna. Cada obrero llevaba su correspondiente divisa en el pecho.

El cortejo avanzó por la sexta avenida sur, dobló la décima calle poniente, cuarta avenida y luego la octava calle.

El público se estacionaba compacto en las vías, sobre las aceras.

Un instante el cortejo se detuvo frente al Palacio Presidencial, en cuyo balcón de honor se hallaba el Jefe Supremo de la República señor Lic. Estrada Cabrera.

Don Alejandro Bermúdez suplicó a los obreros hablar en aquellos instantes. El Comité accedió gustoso y dicho señor improvisó un discurso analizando y elogiando la obra administrativa de nuestro gobernante, dirigiendo al mismo tiempo frases afectuosas a la juventud, a los maestros y a los obreros.

El cortejo continuó su marcha hacia el Campo de Minerva, a donde llegó después de las diez.

Las griegas ocuparon sus puestos en un altar cívico, así como los niños representando las artes. A los pocos

momentos la señorita Graciela Palomo que representaba a Guatemala aparecía en lugar distinguido formando parte del mismo hermoso grupo.

La comitiva oficial la formaban los señores Ministros, el Jefe Político del departamento, el señor Alcalde y otros funcionarios públicos.

Todos los obreros rodearon el Palacio de Minerva, junto a las columnas, figurando en primera línea el abanderado y los miembros del Comité.

Abordó la tribuna don Manuel Rodríguez Beteta. Con voz segura, clara y vibrante, pronunció hermoso discurso, con cláusulas levantadas y patrióticas que mucho interesaron a los obreros allí congregados. Las frases del orador tocaron el corazón de los artesanos. Al finalizar el señor Rodríguez Beteta fué objeto de cariñosa ovación.

Acto continuo leyeron alocuciones los obreros don Ricardo de León y don Pedro García Manzo.

El señor Presidente de la República, Licenciado Estrada Cabrera, con los obreros

En los momentos en que se iba a proceder a la entrega de premios a los directores más distinguidos de las escuelas nacionales, las bandas tocaron «La Granadera». Aquella inmensa multitud congregada en el Palacio de la Ciencia vuelve la vista hacia la gran avenida y ve avanzar el automóvil del Jefe Supremo de la Nación. Una ola de entusiasmo invade todos los ánimos. El señor Presidente de la República avanza hacia el Palacio y allí es recibido por los hijos humildes del trabajo con ese cariño sincero y entusiasta propio de almas sencillas y generosas.

Los grupos se compactaron más y más en el Palacio de Minerva.

Después de breves momentos continuó el acto.

La copa de plata.—El laurel

El gremio de obreros había dispuesto obsequiar dos premios a los maestros: una copa de plata y un laurel del mismo metal. Las personas designadas para ese premio fueron las señoras Tránsito Girón, directora de la Es-

cuela de Niñas N^o 8 y don Francisco López Matus, director de la Escuela de Niños N^o 7.

El señor Presidente de la República invitó a los obreros señores don Rafael Soto Mayor y a don Pedro García Manso, para la entrega de dichos obsequios.

Elocuentes frases del señor Presidente de la República

El señor Lic. don Manuel Estrada Cabrera se dirigió con palabra elocuentísima a los artesanos. Cada frase del digno Mandatario iba al corazón del pueblo. Antes de finalizar propuso la fundación de una Sociedad Cooperativa y una Caja de Ahorros; preguntó a todos los presentes si era de su gusto aquel proyecto y si podía llegarse a su realización. El pueblo entero contestó afirmativamente, sucediéndose a esto una explosión de entusiasmo difícil de describir.

En el Palacio de Minerva se han visto las apoteosis de grandes hombres que mucho significaron en Guatemala; se ha premiado allí el mérito, el trabajo la virtud; pero nunca una manifestación llena de inmenso júbilo, tan espontánea, tan desinteresada como la que se hiciera a nuestro ilustre gobernante. En un arranque de entusiasmo un humilde artesano, pálido de emoción dice con ardor: «¡Viva el protector de los obreros!» y la estruendosa ovación se repite, intensa, llena de calor y vida.

La Caja de Ahorros será un hecho con el contingente del Supremo Gobierno de 100.000 pesos.

Comovedor espectáculo

Terminado el acto el Jefe Supremo de la Nación dispuso retirarse, viéndose entonces un espectáculo impresionante: enardecidos de entusiasmo los ánimos las ovaciones se repitieron; al bajar el señor Presidente de la República las gradas del soberbio Palacio de Minerva se le vió rodeado de artesanos que lo aclamaban al par que con cariño, con respeto.

Elocuente prueba de cultura ha dado una vez más el gremio de obreros de

Guatemala, al llevar a feliz término tan hermosa manifestación. El recuerdo de ella será perdurable en el alma del pueblo.

En las fiestas de los Niños tomó participación esp'éndida el Ejército

La última parte del programa iba a desarrollarse en la tarde del 31. Los actos oficiales, los grandes desfiles de la juventud, los juegos deportivos, las carreras de cintas y en fin, hasta el más mínimo de los alicientes ofrecidos al numeroso y selecto público, lo congregaron por millares y millares, siendo digno de notarse que la crónica de policía, en vez de aumentar sus entradas, las disminuyó de manera notable, no habiéndose tenido que consignar en el Libro Rojo de la Dirección del ramo, hechos que salieran de la normalidad de nuestra vida ordinaria.

La concurrencia

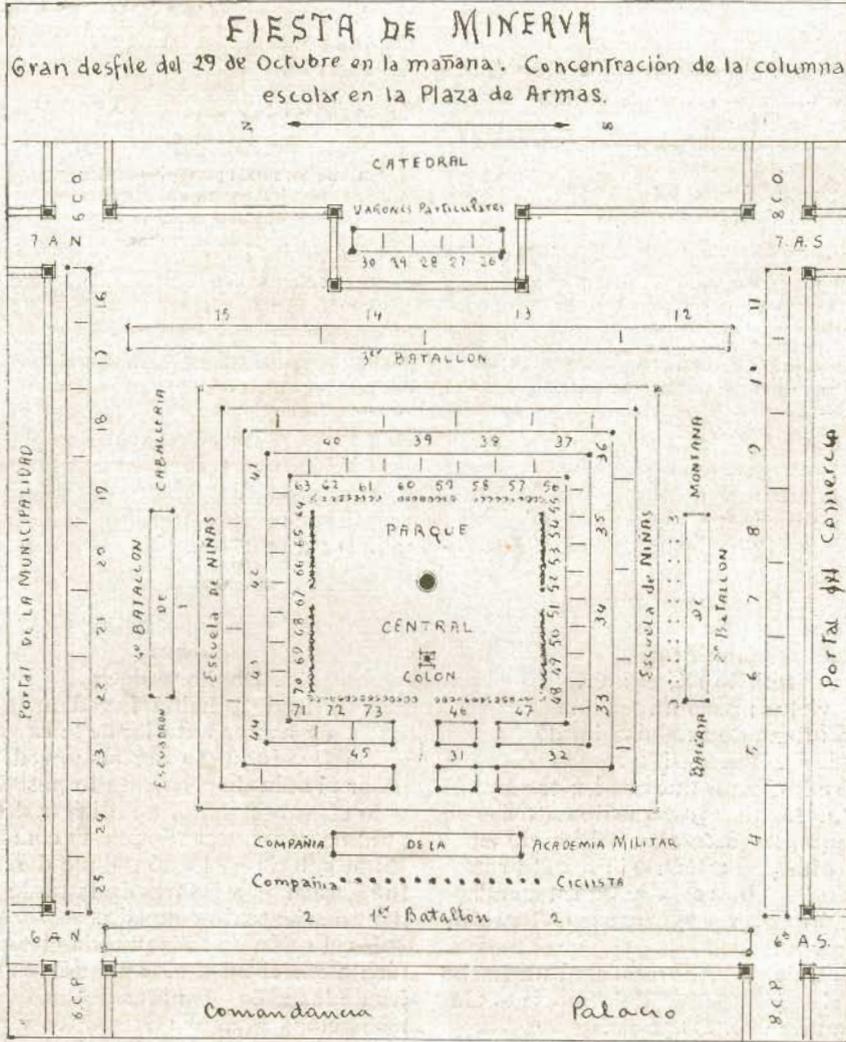
Como a la una y media de la tarde numeroso público dirigióse al Campo de Minerva. Dos horas después la enorme multitud lo había invadido todo: salones y campo exterior de la cancha. El público inquieto por las novedades y por el afán de asistir en lo posible a todo el espectáculo, se dirigía de un punto a otro buscando puesto cómodo. En la galería del salón de la derecha fué imposible a las tres de la tarde hallar un asiento desocupado.

En el salón de la izquierda el espectáculo era el mismo, aunque los trajes de los niños y niñas de las escuelas nacionales daban sugestivo y pintoresco aspecto a toda la galería.

El pueblo continuaba engrosando el extenso terreno frente al Palacio de Minerva y de las grandes tribunas Presidencial y de la Prensa, en forma tal, que parecía como si la ciudad entera hubiese volcado todos sus habitantes en el Hipódromo. El espectáculo era grandioso e imponente.

Los premios

A las dos p. m. en el Palacio de la Ciencia comenzó la distribución de premios a los niños acordada por el



Explicación

Colegios de Varones, uniformados

- | | |
|--|--------------------------------------|
| 1 Escuela Práctica «Estrada Cabrera». | 11 Colegio «Domingo Savio». |
| 2 Instituto Nacional Central de Varones. | 12 «Compañía Estrada Cabrera». |
| 3 Hospicio Nacional, Sección de Varones. | 13 Escuela de Varones N° 1. |
| 4 Escuela Normal Central de Varones. | 14 «Compañía 21 de Noviembre». |
| 5 Escuela Nacional de Telegrafía. | 15 Escuelas de Varones Nos. 2 y 5. |
| 6 Conservatorio Nacional de Música. | 16 Escuela de Corrección de Menores. |
| 7 Colegio de Infantes. | 17 Escuela de Substitutos. |
| 8 Instituto Americano. | 18 Escuela de Varones N° 3. |
| 9 Liceo Guatemalteco. | 19 Escuela de Varones N° 4. |
| 10 Escuela Franco-Anglo-Alemana. | 20 Escuela de Varones N° 6. |
| | 21 Escuela de Varones N° 7. |
| | 22 Escuela de Varones N° 8. |

- 23 Escuela de Varones N° 9.
- 24 Escuela de Varones N° 10.
- 25 Ambulancia.

Colegios de Varones, sin uniforme

- 26 Colegio de Varones Centroamericano.
- 27 Escuela Modelo.
- 28 Colegio Florencio Méndez.
- 29 Escuela Alemana.
- 30 Escuela Inglesa.
- 31 Banda Marcial.

Escuelas Nacionales de Señoritas

- 32 Instituto Nacional Central de Señoritas.
- 33 Escuela «21 de noviembre».
- 34 Escuela de Artes y Oficios Femeniles.
- 35 Hospicio Nacional. Sección de Niñas.
- 36 Escuela Nacional N° 1.
- 37 Escuela Nacional N° 2.
- 38 Escuela Nacional N° 3.
- 39 Escuela Nacional N° 4.
- 40 Escuela Nacional N° 5.
- 41 Escuela Nacional N° 6.
- 42 Escuela Nacional N° 7.
- 43 Escuela Nacional N° 8.
- 44 Escuela Nacional N° 9.
- 45 Escuela Nacional N° 10.
- 46 Banda de «Minerva».

Escuelas Particulares de Señoritas

- 47 Escuela Práctica de Señoritas.
- 48 Colegio Internacional.
- 49 Colegio Centroamericano de Señoritas.
- 50 Colegio «La Concepción».
- 51 Colegio «El Porvenir».
- 52 Colegio «La Educación».
- 53 Colegio de Señoritas «Josefina González».
- 54 «Colegio de Santa Rosa».
- 55 «Colegio Central de María».
- 56 Colegio Primario de Señoritas.
- 57 Colegio de la Enseñanza.
- 58 Colegio «La Niñez».
- 49 Escuela Inglesa.
- 00
- 00
- 63 «Colegio Minerva».
- 64 Liceo de Señoritas.
- 65 «El Carmen».
- 66 «Colegio Jardín Infantil».
- 67 Natividad.
- 68 Santo Domingo.
- 69 Froebeliano.
- 70 Casa Central.
- 71 Asilo Santa María.
- 72 Escuela de Obreras.
- 73 Colegio de Santa Cecilia.



DON DANIEL C. DOMINGUEZ

DON ERNESTO CASTRO

Ingenieros y arquitectos, autores del proyecto del Monumento a Cristobal Colón

«Círculo de Amigos del Lic. Estrada Cabrera». Presidieron ese acto los señores Lic. don León de León Flores, don Jacinto Córdoba González, don Enrique y don Juan Valenzuela Micho y el Dr. don Adolfo Z. Mérida.

El Club Femenino «Firmeza» dispuso premiar con libros y dinero al alumno más aventajado de las escuelas nacionales. En las pruebas rendidas en su oportunidad triunfó el niño José A. Nájera, quien, después de sustentar los puntos conforme el programa oficial de enseñanza, leyó un boceto biográfico del señor Presidente de la República; trabajo es ese con diversidad de datos históricos y con apreciaciones político sociales que revelan criterio justo e imparcial.

El Club Femenino «Firmeza» distinguese por su espíritu patriótico y por su empeño en favor de las causas nobles y justas. Su Presidenta, señora Leonarda Camacho, en compañía de otras personas, entregó al niño José A. Nájera, de la Escuela Nacional N^o 1, varios libros y quinientos pesos de nuestra moneda.

El Ministro de Instrucción Pública, por medio de varios de sus empleados, entregó regalos a los niños en esos mismos instantes.

Obsequiaron dinero a niños y niñas, los señores generales don J. Claro Chajón, Mayor General del Ejército, don José Reyes, Comandante de Armas; don José María Orellana, don José María Lima, don Mariano Sánchez, don Ramón Alvarado, don Felipe S. Pereira, don Juan B. Padilla, don Marcos R. Calderón y don Fidel Echeverría.

Parada de las fuerzas activas del primer Cuerpo de Artillería en la avenida de Minerva

A las dos y media p. m., llegaban a la gran Avenida las fuerzas activas del Primer Cuerpo de Artillería, con seis baterías de montaña de cuatro piezas, calibre 42 cada una; iban resguardadas por una columna de dos batallones de infantería de la Guardia de Honor y número 3. Con la tropa marchaban todas las bandas de música y las de

guerra. La organización de la columna se hizo en el Fuerte de San José.

Cuando la vanguardia de la columna llegó al Campo de Minerva, el Jefe de la Nación estaba en la Tribuna de honor del salón de la derecha.

Abría la marcha el señor general don José Reyes, cabalgando brioso corcel. Lo acompañaba lucido grupo de oficiales.

Aquellas filas imponentes, encamináronse por calles y plazas, haciendo ondear la bandera de Guatemala entre la multitud estacionada en las aceras.

Este desfile, a nuestro humilde juicio, ha constituido una página bellísima, desde el doble punto de vista marcial y vistoso.

Nuestro Ejército ha demostrado corrección y bizarría. Su participación en las fiestas de Minerva ha sido hermosa y significativa.

Revista.—Conferencia

Al estar la tropa en correctísima formación en toda la Avenida del Hipódromo, el señor Ministro de la Guerra, general don Luis Ovalle, pasó revista, recorriendo en carruaje el frente de la línea.

Debemos consignar que con el Ejército iba nuestro Cuerpo de Aviadores.

A las 3 y 15 se verificó en el palco Presidencial la conferencia sobre tema militar por don Máximo Soto Hall. El orador improvisó párrafos muy bellos.

Escuela de Fuego

Después de la conferencia del señor Soto Hall se verificó el certamen de tiro (escuela de fuego por una batería). El mejor apuntador fué Enrique Moran, a quien llamaron al Palacio de Minerva, donde el señor Mayor del Ejército, al felicitarlo, le entregó una canastilla de junco, adornada con listones de azul y blanco, llena de pesos fuertes. A su vez, los señores generales don José María Orellana y don Ramón Alvarado le entregaban la divisa del grado a que se le ascendía. Morán oyó en esos momentos salva nutrida de aplausos.

Clausura de la Exposición de Ganadería

El programa de la tarde iba a terminarse con la clausura de la Exposición de Ganadería que tanto éxito alcanzara; honró ese acto con su presencia el señor Presidente de la República, acompañado de los altos funcionarios del Gobisrno.

Sigue la animación

Desde las 6 p. m., los conciertos dieron principio en la Avenida del Hipódromo, donde la iluminación eléctrica causaba efecto fantástico. Las notas de las bandas de música, de las orquestas y de las marimbas se confundían, mientras que la gente en apiñados grupos esperaba algo nuevo. En efecto, la curiosidad iba a quedar satisfecha.

Desfile de indígenas

Después de las ocho se oyó a lo lejos un extraño ruido de músicas, pitos, tambores, zambumbias, flautas campestres, chirimías chillonas y roncas, marimbas, etc., etc. Avanzaban miles de indígenas luciendo sus trajes vistosos unos y otros tocando sus instrumentos favoritos.

Era de verse los turbantes de los Capitanes de Cofradía del pueblo de México; los trajes negros adornados con antejuela, los chaquetones rojos, los güipiles de vivos colores, las enaguas listadas de diversos matices, los penachos blancos, los grandes cordones en las cabezas, los sombreros de copa con fistones tintos y tantos otros vestidos, pues bien sabido es la diversidad de trajes que usan los indios en cada población de la República. La enorme multitud de indios e indias caminando en el centro de dos líneas de antorchas, por las calles iluminadas con millares de focos incandescentes daban un aspecto fantástico y raro.

Ese desfile debió ser organizado en otra forma, como se hizo cuando la entrada de la locomotora del Norte, clasificando los trajes, y los instrumentos, para dar a la marcha un con-

junto armónico. Además la marcha debió ser con paso regular y no a todo correr. Salvo estos defectillos apuntados, el desfile de indígenas fué de gran novedad.

Al llegar los indígenas al Palacio de Minerva al frente de éste apareció un retrato, de grandes dimensiones, del señor Presidente Lic. Estrada Cabrera, y a los lados, en grandes caracteres la circular de fecha reciente en favor de los indios.

Al rodear éstos el Palacio de Minerva, abordó la tribuna el Lic. don Miguel Angel Urrutia, para pronunciar brillantísimo discurso sobre la raza nativa.

Los indios repartían por donde pasaban el impreso que dice:

«El señor Presidente ordenó que los mozos que trabajan en las fincas ganen al día seis pesos y para su camino se les da cinco pesos por cada diez leguas que tengan que caminar.

Gracias a nuestro señor Presidente».

«PREGON

Distrito de San Antonio, Aguas Calientes

Gliá tata Señor Presidente xo hón mandar que ri mozo ye samág pa tácg finca, ni qui chéck chi qui beig ni toj wuó pess, ché ri lajugg leuguaxtí qui binibéegg.

Matiox che ri gjhá tata Señor Presidente.

Juan Pablo López Medio, Vicente López H., Jacinto López, Juan Santos, Luis López O, Eugenio Pérez, Julián Hernández, Felipe Hernández, Casimiro Sagché, Nicolás Pérez, Julián Pérez, José M^a Jiménez. Siguen las firmas».

La noche del 31 de Octubre

Se bailó en todos los Pabellones. Cuanto de notable tiene Guatemala se dió cita en esos centros de recreo donde la espléndida luz artificial aumentaba la gracia de la mujer guatemalteca. Torrentes de armonía salían por todas direcciones.

La alegría en el baile de los artesa-

nos no decayó un instante hasta la una de la mañana.

Una inmensa muchedumbre se estacionaba por todas direcciones, principalmente a la hora de los fuegos de artificio.

El pabellón de Los Amigos

En este centro de recreo bailaron, el 31 en la noche, como trescientas parejas. Entre otras señoritas recordamos las siguientes: Dora Williamson, Carmen Hegel, Margarita Herera Dorión, Concha Larraondo, Olimpia Sosa, Mary Owen, Dorotea Pearse, Amy Miller, María Arroyo Lowenthal, Beatriz Galluser, Cristina Paul, Sara Herrera Dorión, Enriqueta Batres, Margarita Arzú, Carlota Paul, Marina González, Luz y Clara Villacorta, Angela Novales, Augusta Bauer, Nora Saravia, Argentina Larrieu, Gloria Bruni, Luisa y Clara Beliranena, Berta y Julia Stampf, Elena Orozco, Magdalena Beguerise, Laura Granai, Lucía Martínez, Sara Arzú, Concha Samayoa, Mercedes Guirola, Delfina Castillo, Mercedes Valenzuela Micheo, Rosa Lowenthal Aida Matheu y otras muchas.

Otros detalles

Muchísimas son las personas que prestaron su contingente para dar esplendor a las fiestas de Minerva. Mención especial tenemos que hacer, además de los señores Ministros de Instrucción y de Fomento, a los diversos comités formados desde principios de octubre.

Merece especial mención el Comité

de Sport formado por los caballeros don Samuel Gálvez h., don Carlos Luna y don Víctor Aguilar Peláez. Dichos señores activaron ensayos en el Hipódromo, hicieron programas que sometieron a conocimiento del señor Ministro Girón, invitaron a estimables jóvenes de sociedades deportivas; ayudados por el General Arís y don Alberto Fuentes Novella, consiguieron equipo y traje apropiado para ciertos grupos que debían figurar en el desfile del 30 de octubre; hicieron marcar el campo de foot-ball; invitaron a los juegos de sport a caballeros extranjeros, y otros muchos trabajos para los actos del sábado en la tarde.

No menos oportunos fueron los de don Manuel María Girón, y muy valiosos y de gran mérito los del maestro don Domingo Aquino.

La policía estuvo muy activa y oportuna, cumpliendo las atinadas disposiciones de su director, señor Coronel Yaquián.

Quisiéramos consagrar frases a muchas otras personas que prestaron su valioso contingente para dar esplendor a las fiestas, pero haríamos interminable esta crónica.

Sí añadiremos que los fotógrafos señores Valdeavellano, Orozco y Pepe García Sánchez tomaron diversidad de vistas de los distintos actos que hemos reseñado.

Cerramos este capítulo pidiendo a nuestros lectores sean indulgentes con lo difuso y monótono que ha sido en esta crónica,

El Viejo Repórter

Guatemala, Noviembre de 1915.

Excusas

Dificultades surgidas a última hora, fueron causa de que los fotograbados de la Feria de la Colonia Alemana, no reprodujeran con la limpidez deseada las magníficas fotografías tomadas en aquel lucido acto,

por nuestro redactor artístico el notable fotógrafo señor Sotillo Picornell.

A éste, a la Colonia Alemana y a nuestros favorecedores pedimos, por este *lapsus*, mil excusas.

El proyecto de monumento a Cristóbal Colón

Entre las iniciativas más plausibles que tuvo la Comisión Organizadora de la fiesta de la Raza, es sin duda una de ellas la de erigir un monumento a Cristóbal Colón, el insigne navegante.

Hoy se complace PANDEMONIUM en dar a conocer a sus lectores el estudio que con este objeto han hecho los ingenieros, arquitectos señores, Castro y Domínguez. Ellos, comprendiendo la situación porque atraviesa el país, no han pretendido presentar ese proyecto grandioso como práctico; sino, como ya dijimos, como un estudio.

A los autores del proyecto, no tendremos seguramente necesidad de presentarlos. Vencedores desde el comienzo de su carrera en concursos, autores de magníficos proyectos, de los que algunos ya se han realizado y otros están en vías de serlo, que llaman justamente la atención por sus impecables líneas, animosos y entusiastas de su profesión, sus nombres llegarán muy pronto a ocupar uno de los primeros en el escalafón de los arquitectos de fama en la América Latina.

El monumento se supone construido en la Sabana, en el eje del hoy «Paseo Colón» y a una distancia próximamente de unos cuatrocientos metros de la desembocadura de aquél. Entre el monumento y la calle, irá un lago artificial con islas, peñascos, grutas, puentes rústicos y plantas exóticas.

El efecto estético que produciría el monumento, sería ciertamente artístico y espléndido. Un gran basamento o pedestal coronado con la estatua del navegante, de pie, en posición gallarda, con la diestra en ademán de señalar la tierra descubierta, objeto de sus esfuerzos.

Este basamento sobre una gran plataforma rodeada de artística balaustrada que sostiene, de tramo en tramo, elegantes candelabros y el todo, comprendiendo las cuatro

estatuas, las de los Reyes católicos, don Fernando y doña Isabel, y las de Vázquez de Coronado y Fray Bartolomé de las Casas, los cuatro sustentáculos de la obra de Colón, destacando con sus tonos claros y brillantes sobre el verde de la arboleda del fondo y el azul del cielo y reflejando sus miles de relieves, sombras y partes luminosas en la superficie tranquila de las aguas.

Agréguese a esto que el sol se pone en San José, justamente detrás de la figura de Colón y podrá tenerse una idea del admirable panorama.

La peana que sirve de base a la estatua de Colón, viene colocada sobre un entablamento que se apoya en una parte en forma de tronco de pirámide y forma la parte alta del pedestal. Sirve de verdadero basamento del pedestal, un severo zócalo sobre cuya parte superior de manera ingeniosa, se proyectan las tres carabelas de Colón y una figura de la energía.

Este zócalo de severas líneas, está sostenido por ocho columnas dóricas griegas, que encierran dos a dos al león español.

Agréguese a todo ésto la gran escalinata que sirve de embarcadero del lago, artísticos jardines con flores, grupos de mujeres que casi sumergidas en el agua, juegan con ánforas por donde aquella se escurre, dragones que echan por sus bocas chorros de los muchos que alimentarían el lago y completarían la idea grandiosa y, por qué no decirlo, poética de los autores.

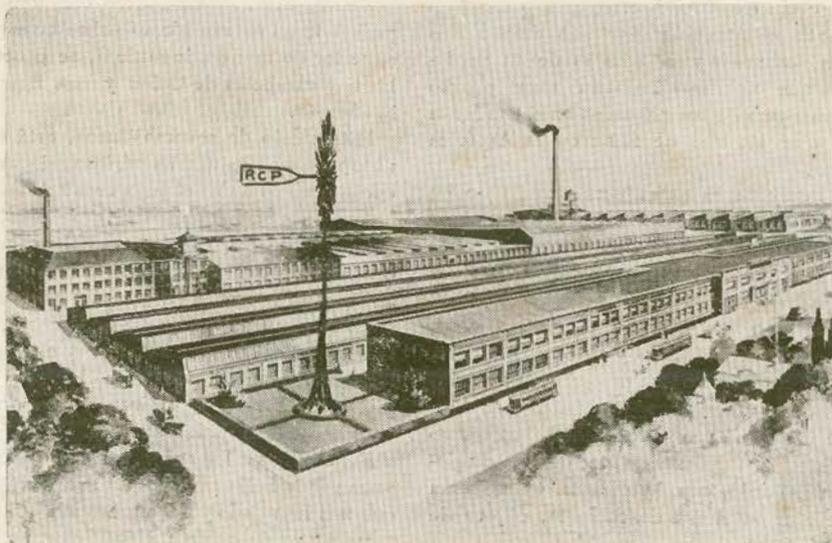
Felicitemos a los señores Castro y Domínguez por la bella muestra de arte verdadero que nos han dado y les auguramos brillante porvenir en su carrera científica y artística en que tan brillantemente han debutado, ya que son estusiastas, jóvenes, y tienen cabeza y corazón para comprender la belleza, la tendencia final de la humanidad.

Al Excmo. Sr. Lic. D. Manuel Estrada Cabrera

No es a Marte el Dios a quien venera
 quien como vos la noble ciencia aclama,
 y quien lleva en la diestra la bandera
 como insignia de paz y de bonanza
 es tu fuerza la ciencia bienhechora
 que destruye cadenas de ignorancia,
 es la luz esplendente de la aurora
 que forma la conciencia de la infancia.
 ¡Minerva! Con razón ella protege
 al que amigo del pueblo se proclama;
 vuestro nombre inmortal vive en la historia,
 como hijo predilecto de la patria.
 Hermosa Diosa, tu poder es grande,
 cuando oficia en tu templo el patriotismo,
 cuando en la frente de tus hijos arde
 la llama bienhechora de la ciencia
 que todo lo ilumina y lo transforma,
 que alumbraba hasta el sendero del abismo.

N. Martínez b.

GRANDIOSA PLANTA DE SHACKLETON, WINDMILLS, MASS., E.E. U.U. DE A.



Tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores la grandiosa planta de «Shackleton de Windmills, Mass.» donde se fabrica el célebre «Royal Cream Punch», (Ponche Crema Regio) de fama universal. La casa Schckleton es proveedora de muchas cortes europeas y la calidad de sus productos la han hecho merecedora de distinciones honoríficas en varias Exposiciones. Por conducto de una de las casas más fuertes de esta plaza, sabemos que se van a dar al mercado los productos de Shackleton, que de seguro alcanzarán gran consumo entre los aficionados a lo bueno.